



Conflicto en Siria y Medio Oriente

Claves históricas y geopolíticas



0.

Introducción

Este documento pretende ofrecer un análisis de la situación actual en Medio Oriente y particularmente del complejo entramado de intereses que gravitan alrededor del conflicto político-militar abierto en Siria.

Consideramos que lo que está sucediendo en este país y en general en esta región del globo responde a una problemática global de reordenación del sistema capitalista-imperialista y a particularidades históricas y geoestratégicas de la región.

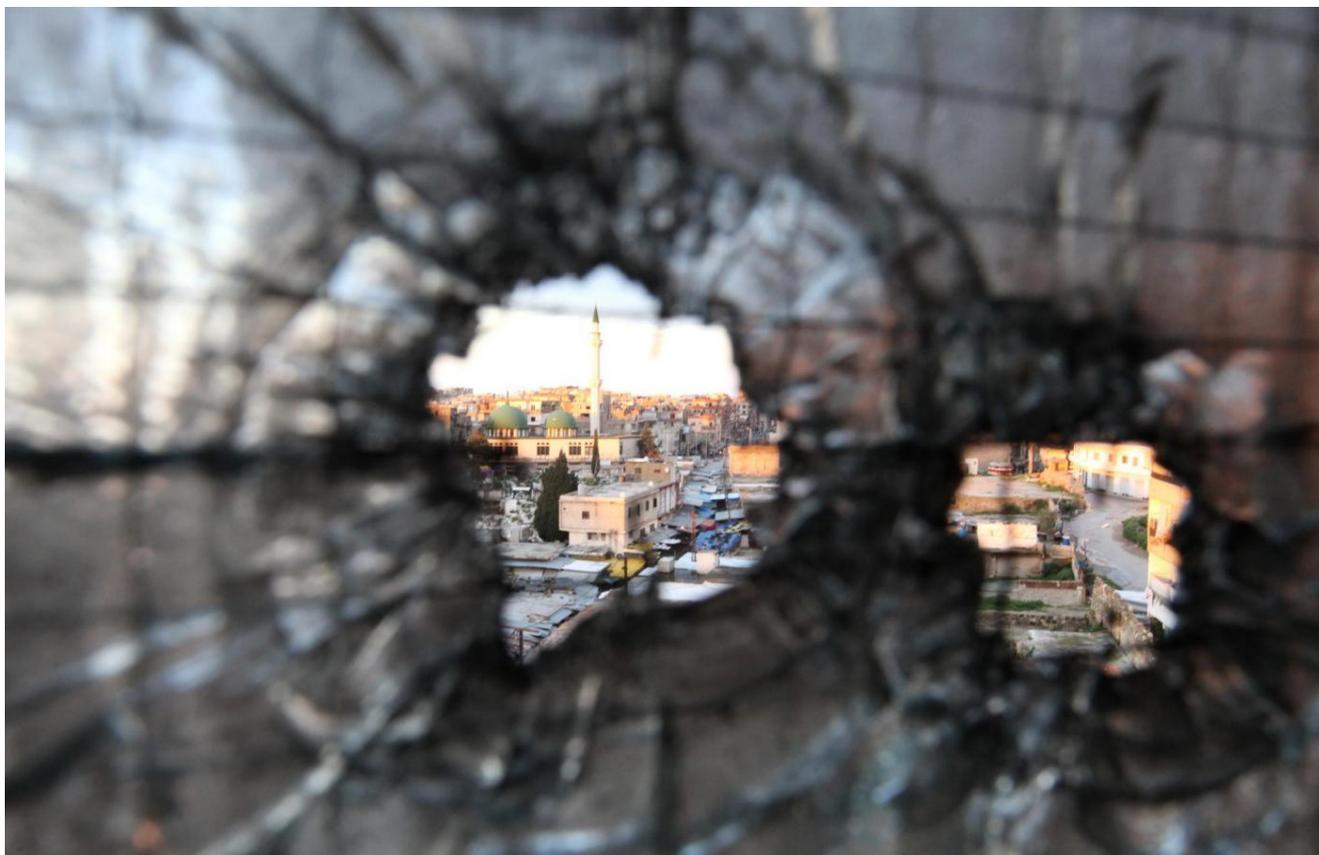
En este sentido, nos adentraremos en primer lugar en la crisis que está atravesando la hegemonía imperialista estadounidense y en su estrategia a la hora de enfrentar y obstaculizar la transición de un sistema multipolar a otro multipolar.

En segundo lugar haremos un breve repaso sobre los puntos de inflexión que marcaron la historia contemporánea de los pueblos de Medio Oriente deteniéndonos tanto en las apuestas imperialistas como en la resistencia y proyectos que protagonizaron los pueblos trabajadores.

Finalmente, centraremos nuestra atención en la historia reciente y actual que atraviesa el pueblo sirio y la región entendiéndola como un escenario en el que se cristaliza de forma brutal el choque de intereses mundiales y regionales.

Askapena

Euskal Herria, marzo del 2016



1.

Reordenamiento del capitalismo mundial: ofensiva imperialista y multipolaridad



Si a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial el núcleo imperialista estaba conformado por la triada Unión Europea, Japón y Estados Unidos, con este último a la cabeza, tras el derrumbe de la Unión Soviética y el fin de la bipolaridad de posguerra Estados Unidos quedó como único superpoder mundial encabezando el proyecto neoliberal.

En efecto, Estados Unidos ha acumulado en las últimas dos décadas un formidable poder, nunca antes visto en la historia de la humanidad, relacionado íntimamente con su condición de única superpotencia militar del planeta. A día de hoy su gasto en armamento equivale prácticamente al del resto de las naciones del planeta y el despliegue territorial de sus poco menos de 1000 bases (casi 300 de ellas en territorio europeo) y misiones militares abarca casi 130 países. Así es como las instituciones internacionales (ONU, FMI, etc.) Japón y la Unión Europea han quedado subordinadas a las prioridades del complejo militar-industrial y del gobierno estadounidense, eso sí, una subordinación basada en intereses estratégicos en común donde el gendarme estadounidense brinda a nivel internacional protección a todas las clases dominante cada vez más transnacionalizadas.

Ahora bien, si Estados Unidos mantiene a nivel económico un lugar preeminente en la economía

mundial, con sus empresas altamente internacionalizadas que lideran numerosos sectores (innovación tecnológica) y con el sistema financiero más gravitante del planeta (el dolar todavía es la moneda referente), Estados Unidos es también, a diferencia del pasado, el principal deudor mundial, con un alto déficit comercial y con una bajada significativa en productividad y competitividad industrial. Es decir, Estados Unidos ha perdido la contundente superioridad económica que sostenía inicialmente su primacía militar: los cimientos del poder se han invertido y en la actualidad las ventajas militares compensan el deterioro económico. La supremacía estadounidense ya no presenta el carácter absoluto e integral que exhibía en la primera mitad del siglo XX.

Estas contradicciones son las que, al agudizarse, provocaron el inicio de la crisis actual cuyo epicentro se situó en el corazón financiero de Estados Unidos. En efecto, hemos asistido a una reacción en cadena cuyo chispa inicial se dio tras las quiebras de algunos de los mayores bancos de inversión de Estados Unidos (Lehman Brothers, Merrill Lynch, etc.), puntos gravitantes en el sistema financiero mundial. La llamada crisis de los “subprime” o “hipotecas basuras” resume perfectamente el carácter depredador, cortoplacista y, por lo tanto,

inviabilidad del capitalismo en general y, en particular, de su declinación neoliberal impulsada y liderada por Estados Unidos desde finales de los 70.

En efecto, los ejes centrales de la reformulación del modo de acumulación y de dominación emprendidos a mediados de los 70 se tradujeron en el visto bueno a todo tipo de transacciones financieras y especulativas, en un incremento de la tasa de explotación mediante una ofensiva de la patronal y del Estado y, finalmente, a un fomento del consumismo compulsivo combinado con una oferta crediticia carente de escrúpulos. Así es como la inviabilidad de esta situación de sobreendeudamiento generalizado de una población cada vez más empobrecida y consumista ha sido uno de los principales detonadores del estallido sísmico de 2007 que dio inicio a la situación de crisis estructural en la que hoy en día nos encontramos. Por lo tanto, lo que está en crisis es un sistema, el capitalista, cuya última tentativa de recomposición, el neoliberalismo, acaba de demostrar no ya su carácter injusto y depredador, sino su inviabilidad.

A los problemas internos a la estructura imperialista mundial y yanqui en particular hay que sumarles varios factores que agudizan esta tendencia.

Por un lado, la propia crisis medioambiental y energética hace cada vez difícil, y, por lo tanto, costoso (económica y políticamente) el acceso y explotación de los recursos naturales necesarios (petróleo, gas, agua, minerales estratégicos, biodiversidad) para mantener el estilo de vida consumista, derrochador y depredador que preconiza.

Por otro lado, ha sido decisiva la entrada en escena de los BRICS y, sobre todo, el importante despegue político y económico de Rusia y de China, que apunta a ser muy pronto la primera economía mundial. Así es como, frente a la presencia yanqui en la región, las diferentes iniciativas de hondo calado político (Organización de Cooperación de Shanghai), financiero (Banco Asiático de Inversión) y económico-comercial (Nueva Ruta de la Seda) impulsadas por China marcan un hito sin precedentes en el balance de poder regional.

Finalmente, tras una cierta indefinición en su primer mandato, la apuesta de recuperación de soberanía y protagonismo en la arena internacional por parte del gobierno de Putin, que sale definitivamente del vasallaje característico de la era Yeltsin de los 90, establece los pilares para la posible creación de un eje estratégico euroasiático (eje Pekín-Moscú-Berlín) que cuestionaría frontalmente la gravitación de Estados Unidos sobre Europa y, en general, sobre el sistema global.

Este es el contexto en el que se ubica y toma sentido la contraofensiva económica, política y militar que ha desarrollado el imperialismo yanqui en la última década.

TTIP/TTP y OTAN

Por un lado, el imperialismo estadounidense ha decidido establecer un marco para la profundización de su proyecto político-económico neoliberal (en crisis) que articularía las zonas transpacíficas y transatlánticas en una inmensa zona de libre mercado. Así es como mediante el TTIP y el TTP (Tratado de Asociación Transpacífico), Estados Unidos y sus grandes transnacionales están negociando con Estados asiáticos y europeos un

“Cercar y aislar política y económicamente a Rusia y China de sus zonas de influencia e impedir a toda costa el acercamiento estratégico de estas potencias a la Unión Europea es sin duda alguna uno de los objetivos fundamentales de estos tratados”

blindaje político-económico de carácter estratégico para la profundización del capitalismo neoliberal y para asegurar, ante el ascenso de las citadas potencias emergentes (principalmente Rusia y China), un blindaje para los intereses geopolíticos estadounidenses en la tumultuosa arena internacional.

En efecto, cercar y aislar política y económicamente a Rusia y China de sus zonas de influencia e impedir a toda costa el acercamiento estratégico de estas potencias a la Unión Europea es sin duda alguna uno de los objetivos fundamentales de estos tratados. En este sentido no tiene que sorprender a nadie que el TTIP fuera definido por la propia Hillary Clinton, con el cinismo y la soberbia que le caracterizan, como "la OTAN económica".

Una OTAN que, por otro lado y de forma complementaria, está siendo utilizada como punta lanza político-militar para asegurar que esta reordenación geopolítica se haga debidamente a favor de los intereses estadounidenses. En efecto, desde el derrumbe del bloque socialista la OTAN no solamente no ha desaparecido sino que ha incorporado nuevos miembros a su criminal accionar (con la inminente incorporación de Montenegro) y ha ampliado las zonas donde se arroga el derecho de intervenir militarmente tanto de forma abierta como encubierta. Desde los bombardeos en la ex-Yugoslavia, que aseguraron el afianzamiento del capitalismo salvaje en los países del este europeo en los 90, pasando por las matanzas en Irak, Afganistán, Libia y el correspondiente saqueo de recursos realizado en esta región, la OTAN viene asegurando en las últimas décadas el blindaje político-militar que el bloque capitalista imperialista, bajo comando estadounidense, necesita para impedir cualquier cuestionamiento a su hegemonía mundial.

Una estrategia claramente apuntalada en la última cumbre de la OTAN realizada en Gales en septiembre del 2014 al ser allí acordada la estrategia de contención y futura desactivación de estas potencias emergentes. Para ello se apostó por aumentar el gasto militar, por crear una fuerza de despliegue rápida y, por si fuera poco, se acordó

desarrollar las maniobras *Trident Juncture* que se realizaron a finales del 2015 y que supusieron, según las palabras de altos mandos militares, "el mayor despliegue de fuerzas navales, aéreas y terrestres en Europa desde 1944". Queda, por lo tanto, bien claro que el brazo armado del imperialismo está echando músculo para poder encarar los próximos pasos estratégicos de su ofensiva regional.

En esta ofensiva se inscriben directamente los acuerdos militares firmados por Estados Unidos con potencias vecinas o, al menos, de la área de influencia china (Singapur, Filipinas, Australia, Corea del Sur y Japón) y las últimas intervenciones semiencubiertas en Medio Oriente y en Ucrania.

En el caso concreto de Ucrania, después de organizar un golpe de Estado y de aupar al poder un equipo combinado de neonazis y ortodoxos neoliberales, Estados Unidos pretende cercar militarmente a Rusia y dejar acabado el proyecto de expansión de la OTAN hasta su frontera. Además, aunque hasta ahora la Unión Europea ha seguido a rajatabla todos sus planteamientos, Estados Unidos quiere asegurarse de que se mantenga alineada y cortocircuitar económicamente (sanciones a Rusia) y militarmente (despliegue de tropas y armamentos en Estonia, Letonia, Lituania y Polonia) cualquier tipo de relación a medio plazo entre la UE y Rusia.

Finalmente, de cara al Medio Oriente, Estados Unidos de la mano de la OTAN está apostando por una desestabilización constante ("caos controlado") usando todos los recursos a su alcance para crear tensiones internas y enfrentamiento civil en una zona que históricamente ha sido clave para hacerse con el control político y económico global.

Pero para entender cabalmente los diferentes intereses en juego en esta región, cómo se articulan y en qué medida se ha convertido en el principal escenario de una pugna geopolítica mundial, nos detendremos, aunque sea esquemáticamente, en los puntos claves de su historia contemporánea y reciente.

2.

Medio Oriente: apuntes históricos



El primer y crucial momento histórico que tenemos que tomar en cuenta para establecer un marco de comprensión de la situación actual en el Medio Oriente es, sin duda alguna, el de la Primera Guerra Mundial.

En efecto, tras el desenlace de esta guerra interimperialista las potencias vencedoras se encargaron de imponer en esta zona bisagra entre los continentes europeo y asiático, y cuya riqueza petrolífera ya había sido confirmada, los límites artificiales de los Estados que actualmente conocemos. Además, se repartieron este "botín de guerra" en protectorados y zonas de influencia. Así es como en 1916 mediante el Acuerdo de Sykes-Picot Gran Bretaña y Francia se autoadjudicaron en secreto el territorio del derrotado Imperio Otomano con lo que quedó Palestina, Jordania e Irak en manos británicas y gran parte de Siria y Líbano en manos francesas. Por otro lado, siete años después, en 1923, el Tratado de Lausanne se encargará, entre otras cosas, de dejar al pueblo kurdo dividido bajo las cuatro administraciones (Turquía, Irán, Siria e Irak) que hoy en día siguen negando la unidad, cuando no la existencia, de esta nación. Por lo tanto, el fin de la Primera Guerra Mundial marca la entrada en la región, hasta el día de hoy, de las potencias imperialistas europeas y la división político administrativa de pueblos enteros (árabes y kurdo) en función de sus intereses coloniales.

El segundo punto de inflexión se establece, esta vez, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial e introduce cinco actores fundamentales en el devenir de esta región.

Por un lado, las potencias vencedoras apuestan por la creación de un nuevo Estado colonial en tierras palestinas: el Estado de Israel. Basado en una ideología racista y colonialista elaborada a principios de siglos y apuntalada por Gran Bretaña desde su entrada en la región (Declaración de Balfour en 1917), el sionismo, doctrina basada en la falacia de "una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra", impulsará la edificación de un Estado de Israel, a sangre y fuego, asesinando a miles de palestinos y expulsando de sus casas y tierras a cerca de un millón de personas condenándolas, hasta el día de hoy, al exilio (Nakba). A partir de esta fecha, la lucha heroica del Pueblo palestino ha sido un factor central en el conflicto regional al lograr cristalizar las alianzas y solidaridades antiimperialistas en todo el mundo árabe.

Por otro lado, en 1946 un Estados Unidos consolidado al haber logrado capitalizar políticamente y económicamente la victoria sobre las potencias del Eje logra sentar uno de los pilares de lo que será su hegemonía mundial y regional mediante un pacto estratégico, el Pacto de Quincy, firmado con la monarquía absolutista de Arabia Saudí. En efecto, mediante este acuerdo energético y político Estados Unidos se asegura, por un lado, el acceso privilegiado al combustible fósil del golfo Pérsico y, por otro, establece un socio político de calado encargado de difundir en toda la región su reaccionaria y criminal interpretación del Corán: el wahabismo.

Así es como tanto con la creación del Estado de Israel basada en una interpretación reaccionaria del judaísmo como con el apoyo incondicional a los saudíes con su equivalente interpretación reaccionaria pero, esta vez, del Islam, el imperialismo occidental se aseguraba la introducción del factor ideológico-religioso como elemento distorsionador de las coordenadas de la contienda regional. Su introducción pretendió contrarrestar y tergiversar las verdaderas claves económicas y políticas que caracterizaban el enfrentamiento de las potencias imperialistas contra unos pueblos árabes que tras la Segunda Guerra Mundial emprendían su difícil camino hacia la independencia.

En efecto, la ola descolonizadora posterior a la Segunda Guerra Mundial protagonizada, entre otras, por las luchas de liberación de los pueblos africanos y árabes marcó un punto de inflexión político-ideológico en la confrontación con un colonialismo que no se resignaba a abandonar su presa. Diferentes proyectos soberanistas se activaron a inicios de los 40 para consolidarse en las décadas 50 y 60 desafiando frontalmente el *statu quo* reinante desde el Acuerdo de Sykes-Picot al articular las reivindicaciones independentistas, socialistas con la particularidades y necesidades de unidad panarábica. En este marco se inscriben el naserismo egipcio el baazismo sirio-iraquí que, mas allá de los evidentes cambios y contradicciones sufridas a lo largo de las décadas, han mantenido viva hasta día de hoy la apuesta por la soberanía de los pueblos árabes.

Por lo tanto, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial cinco actores claves aparecen en escena: por un lado Estados Unidos, Arabia Saudí y el Estado de Israel; por otro, la lucha del pueblo palestino y el proyecto soberanista antiimperialista panarábico.

El enfrentamiento entre estos dos bloques antagonistas, exacerbado en el marco de la Guerra Fría, llevará a Estados Unidos a apostar al final de la década de los 70 por la movilización de un sexto y decisivo actor. Un factor clave de

desestabilización, que hoy perdura, en este caldo de cultivo de intervención imperialista y de fomento del islamismo reaccionario iniciado a mitad de siglo: el yihadismo. Así es como el gobierno popular afgano de Noor Mohammed Taraki alineado con la URSS se verá enfrentado y derrocado a finales de los 70 por un movimiento armado de islamistas wahabistas financiados y entrenados por Estados Unidos y Arabia Saudí, los muyahidin, precursores de los actuales yihadistas/mercenarios de Al Qaeda y Daesh.

“en 1946 un Estados Unidos consolidado al haber logrado capitalizar políticamente y económicamente la victoria sobre las potencias del Eje logra sentar uno de los pilares de lo que será su hegemonía mundial y regional mediante un pacto estratégico, el Pacto de Quincy, firmado con la monarquía absolutista de Arabia Saudí”

También a finales de esta misma década no podemos omitir la entrada en escena de otra potencia regional clave, la República Islámica de Irán, instaurada tras el derrocamiento del régimen del Sha en 1979. Hasta esta fecha Irán había sido uno de los principales socios del imperialismo yanqui (junto a Israel y Arabia Saudí) desde el golpe militar de 1953 realizado contra el gobierno popular de Mohammad Mosaddeq por haber cometido la imperdonable osadía de nacionalizar el petróleo de su país. Así es como el año 1979 marca un punto de inflexión en la relación de poder global y regional

Conflicto en Siria y Medio Oriente. Claves históricas y geopolíticas

con el establecimiento de la Revolución Islámica iraní de confesión chií que en un país con grandes reservas de petróleo combina un posicionamiento antiimperialista y antisionista con una apuesta por frenar la expansión de la ideología sunní wahabista impulsada por Arabia Saudí.

Finalmente, nos falta señalar para terminar este breve recorrido histórico un suceso clave a partir del cual se fue asentando los pilares de la estrategia imperialista actual: **los atentados del 11S 2001**. En efecto, la creación de un nuevo enemigo (interno a la vez que externo) justificó el despliegue de la lucha antiterrorista ideológica y militar como eje de la política nacional e internacional creando de esta manera las condiciones y justificaciones que sostienen el ciclo de intervenciones militares que

asolan, entre otras, la región de Oriente Próximo. En efecto, a partir de esta fecha la militarización a ultranza de las relaciones internacionales, la omnipresencia del discurso legitimante de “la guerra preventiva”, “la lucha antiterrorista” y la “intervención humanitaria” impulsadas por Estados Unidos se impusieron sin apenas fisuras en todo el bloque imperialista.

Realizada esta recapitulación esquemática de la historia contemporánea de la región, nos toca ahora ubicarnos en el escenario abierto hace cinco años, el de las llamadas “Primaveras Árabes”, en cuyo triste desenlace se arraiga la situación de confrontación abierta actual con su epicentro en Siria.



3.

Desde las Revueltas Árabes al caos geopolítico en Medio Oriente



En los primeros meses del 2011 toda la política imperial en África del Norte y Medio Oriente ha quedado sacudida por una revuelta democrática generalizada. Este levantamiento se propagó de país en país reflejando la similitud de condiciones políticas (dictaduras) y sociales (pobreza, desempleo, etc.) imperantes en toda esta región dependiente del sistema capitalista. Cabe mencionar, aunque no nos detendremos en ello, que este ciclo encontró un claro precedente en un hito de la lucha anticolonial del pueblo saharauí con su heroica resistencia al desmantelamiento del campamento Gmeim Izik en noviembre del 2010.

Así es como a principios del 2011 tanto en Túnez como en Egipto se inició un ciclo de lucha caracterizada por una irrupción de las masas en el escenario político bajo el estandarte de reivindicaciones democráticas, antiimperialistas y sociales aunque marcada por una gran heterogeneidad social, política e ideológica. Tanto los gobiernos a los que se oponían (dictaduras fantoches del imperialismo yanqui y europeo) como el carácter popular en cuanto a extracción social y reivindicaciones de la mayoría movilizadora ("pan, libertad y dignidad nacional"), con un gran protagonismo de la juventud, hicieron de esas rebeliones acontecimientos de carácter histórico que obligaron al imperialismo a rediseñar su estrategia en la región.

Tanto de un lado como de otro, rápidamente después del derrocamiento de Ben Ali y Mubarak, la clase dominante local junto a las potencias imperialistas encauzaron esta rebeldía desarticulada institucionalizándola, cambiando algo a nivel interno (ausencia de elecciones por presencia de elecciones en Túnez) para que no cambie fundamentalmente nada. Así es como tanto en Túnez como en Egipto, después de dotarse de gobiernos de corte islamista que habían sabido capitalizar el descontento social, las tradicionales élites políticas y económicas retomaron el comando de la situación (en el caso de Egipto mediante el golpe de Estado de la junta militar).

Ahora bien, ante esta crisis política, el papel desempeñado por parte de Estados Unidos y del euroimperialismo no se limitó a una injerencia político-diplomática sino que con la intervención en Libia sumó un nuevo frente de guerra a los ya abiertos en Afganistán e Irak en la anterior década.

Con la intervención de la OTAN en Libia el imperialismo inició un feroz contraataque con lo que estableció los pilares político-militares de un nuevo frente estratégico y asumió explícitamente la utilización de fuerzas islamistas reaccionarias, como en Afganistán a finales de los 70, para desestabilizar y destruir un Estado no alineado con sus intereses. El ataque a Libia combinó la necesidad política de deshacerse de un gobierno imprevisible y con

Conflicto en Siria y Medio Oriente. Claves históricas y geopolíticas

tendencias soberanistas y panafricanistas (proyecto de una moneda africana común), la necesidad económica de hacerse con el petróleo de este país, una necesidad geopolítica de crear un dique de contención entre los dos países vecinos que en este momento estaban atravesando procesos de cambio (Túnez y Egipto) y, finalmente, una necesidad geoestratégica de establecer una base militar en África para poder materializar los proyectos imperialistas, demasiado tiempo aplazados, a cargo de su mando militar para el continente africano (AFRICOM). No podemos dejar de mencionar que tras la intervención de la OTAN en este país africano, Libia se ha convertido en un Estado fallido donde reina el caos y el enfrentamiento entre grupos y milicias por el control del territorio.

Esta conflagración militar recreó un escenario extremadamente parecido al de Irak en la medida en que en Libia también regía un gobierno que, a pesar de su autoritarismo y de sus vacilaciones con respecto a sus planteamientos soberanistas, había logrado grandes avances sociales, económicos y culturales, y un apoyo popular considerable. De

Así es como la República Árabe Siria se entronca en este conjunto de países de contradictorio recorrido histórico al combinar un notable apoyo popular, claras medidas de corte social y de integración de minorías étnicas y religiosas con, a su vez, prácticas de corte autoritario ("Estado de excepción" declarado desde 1963 hasta 2011). Por otro lado, más allá de su apuesta neoliberal de la última década (fomentando la privatización e inversión/intervención del capital transnacional), Siria sigue con un peso geopolítico clave en el eje antisionista/antiimperialista de la región: su apoyo a Irán, Hezbollah y a la causa palestina es prueba de ello.

Además, el caso sirio presenta desde un punto vista económico y geoestratégico un componente decisivo por su salida al Mediterráneo y por ser un paso ineludible para los oleoductos y gaseoductos provenientes del golfo Pérsico y en dirección a Europa. Por si fuera poco, Siria alberga en su desierto grandes reservas de gas, lo que para muchos ya es el principal sustituto del petróleo para el siglo XXI.



hecho, Libia junto a Irak y Siria conformaban un conjunto de países que, aunque sea de forma edulcorada y contradictoria, seguía reivindicándose del nacionalismo antiimperialista cuyo momento cumbre había conocido la región, como hemos visto anteriormente, en los 60.

Estas claves geopolíticas (apoyo a la resistencia palestina y libanesa), económicas (gas) y geoestratégicas (zona bisagra) explican el interés de las potencias imperialistas occidentales (Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña) y sus principales aliados locales (Turquía, Arabia Saudí y Qatar) de aprovechar las iniciales reivindicaciones en pos de una mayor apertura política que conoció Siria en 2011, y encauzarlas y hegemonizarlas por medio de agentes externos e internos que apostaban por un cambio de régimen en clave proimperialista y reaccionaria.

Así es como las potencias imperialistas combinaron una oportunidad coyuntural (descontento regional con la situación política y económica) con una necesidad estructural global caracterizada por la crisis económica y por una debilitada unipolaridad

yanqui, para impulsar en esta región estratégica una guerra de cuarta generación mediante el financiamiento, entrenamiento y provisión de armas a un amplio espectro de grupos islamistas radicales (Frente al Nusra, Daesh, etc). La previa destrucción política, social, económica y militar de un Irak convertido en Estado fallido había creado el caldo de cultivo (milicias, enfrentamiento inter-étnico y religioso, etc.) sobre el que se asienta esta estrategia imperialista paramilitar.

“La previa destrucción política, social, económica y militar de un Irak convertido en Estado fallido había creado el caldo de cultivo sobre el que se asienta esta estrategia imperialista paramilitar”

Ahora bien, cabe subrayar la falta de consenso y las contradicciones presentes en el seno del bloque imperialista, incluso en el seno de la clase dominante yanqui, acerca de la estrategia a impulsar, lo que explica los vaivenes entre negociación e intervención, y la volatilidad en las alianzas con los actores estatales y paraestatales locales. En pocas palabras, se puede observar una disyuntiva entre la estrategia del "caos controlado" (destrucción militar del Estado sirio como en Libia) o el más clásico control de las instituciones económicas y políticas del país en clave de protectorado neocolonial (en la que la negociación con Irán sobre su programa nuclear juega un papel clave). Esta última posición permitiría mantener el control regional a la vez de permitir la reubicación de la tropas yanquis en la región estratégica del Mar del Sur de China, zona rica en petróleo y de evidente importancia para el cerco militar de la potencia asiática.

A este actor principal que es el imperialismo yanqui y europeo se le suman actores locales con una agenda compartida aunque articulada con una propia regional.

Por un lado, Turquía ha pretendido, desde el comienzo de las llamadas "Primaveras árabes", establecerse como nuevo centro hegemónico regional, aupando (junto a Qatar) a las fuerzas sunníes de la órbita de los Hermanos Musulmanes en los gobiernos de toda la región. Además, apuesta por asegurarse el paso de los gaseoductos por su territorio y aprovecha esta situación convulsiva, entrenando y cobijando a millares de yihadistas, para resolver militarmente el histórico conflicto que le enfrenta a la poderosa resistencia del pueblo kurdo. Finalmente, su gigantesco y adiestrado ejército, su estatus de miembro de la OTAN y el control del flujo de refugiados que ejerce le permiten condicionar el desarrollo de la estrategia imperialista occidental y presionar a la UE para recibir jugosas subvenciones económicas, cuando no directamente para obtener su tan deseada membresía en la UE. El reciente y vergonzoso acuerdo entre Turquía y las instituciones europeas es buena prueba de ello.

Por otro lado, Arabia Saudí pretende destruir una vez por todas el binomio sirio-iraní que ha imposibilitado a lo largo de la historia reciente el establecimiento de un califato regional hegemónico por su planteamiento sunní wahabista. Además, quiere asegurarse seguir bajo la protección político-militar yanqui y mantener su centralidad en el control y venta de petróleo. En este sentido, mediante la brutal agresión militar que impulsa en Yemen en contra de los rebeldes chiíes, Arabia Saudí busca asegurarse una salida directa al golfo de Adén que le permitiría el transporte del crudo (vía oleoducto y gasoducto) sin pasar por el conflictivo estrecho de Ormuz tutelado por Irán. Finalmente, con respecto a su papel desestabilizador regional, además de la ya probada financiación del Daesh, cabe mencionar la bajada de los precios del petróleo que fomenta para debilitar a los países productores rivales de Irán y Rusia.

Conflicto en Siria y Medio Oriente. Claves históricas y geopolíticas

Finalmente, el Estado de Israel no duda en acercarse a estas potencias sunníes con tal de destruir a las fuerzas que han históricamente denunciado su carácter colonial, ilegítimo, verdadero Caballo de Troya de los intereses imperialistas occidentales en la región. Por otro lado, aprovecha el escenario de guerra en su países vecinos que actualmente copa los medios de comunicación internacionales para arremeter impunemente, más si cabe, contra el pueblo palestino mediante continuos asesinatos, bombardeos y despliegue de colonias.



Para hacer frente a este conglomerado de poderosos intereses, la República Árabe Siria cuenta con el apoyo político-militar de Hezbollah e Irán (con los que comparte históricamente la defensa de la soberanía regional) y últimamente de Rusia y de China, esta última en clave diplomática.

El apoyo chino y sobre todo ruso con su entrada militar en el conflicto (con la aprobación del gobierno sirio), se debe principalmente a intereses geoestratégicos basados en los recursos petroleros y gas de la región, en la salida al mar Mediterráneo que le provee a Rusia (base naval de Tartus) y finalmente en el hecho de que sea una zona geográfica tampón que frena la presencia militar yanqui-europea cerca de sus fronteras. Cabe señalar además que el fomento del yihadismo por parte de las potencias imperialistas occidentales preocupa de sobre manera tanto China como Rusia al temer su desplazamiento hacia sus propios territorios conflictivos (en el Cáucaso y en la provincia del Xinjiang). Sobra decir que la apuesta táctica de estas dos potencias por la defensa de la soberanía de los pueblos se enmarca, de manera general, en la necesidad estratégica de frenar el intervencionismo político militar estadounidense impulsada en diferentes partes del globo y contrarrestar de esta forma los intentos yanqui de imposibilitar la consolidación de un escenario multipolar.

Finalmente, el papel de la lucha del pueblo kurdo resulta ineludible para entender lo que sucede en la región. Principal fuerza que lucha contra el Daesh, es decir, contra el monstruo creado por las potencias imperialistas occidentales y cobijado por las regionales, el pueblo kurdo ha logrado avances políticos y militares de primer orden (Rojava) de cara al establecimiento de su proyecto feminista y de Confederalismo Democrático. Las contradicciones existentes entre sus expresiones organizativas ubicadas en territorio sirio, iraquí y turco y, sobre todo, la feroz ofensiva desatada por parte del gobierno turco temeroso de que las reivindicaciones kurdas salgan con sus posiciones fortalecidas, deja a este pueblo sin Estado en una difícil situación llena de peligros pero también de grandes oportunidades.



4.

Conclusiones y línea política



Viendo la complejidad de este escenario y los poderosos intereses en juego en este conflicto, conviene recordar que tenemos que ser muy cuidados@s a la hora de marcar nuestra posición política ya que intervenimos en un contexto donde la correlación de fuerzas en general e ideológica en particular juegan en nuestra contra. En efecto, bien a nuestro pesar, todas nuestras posiciones tienen que ubicarse en un contexto adverso, saturado del discurso enemigo y con muy pocos recursos para contrarrestarlo. En este sentido tenemos que ser muy precavid@s para que nuestras buenas intenciones no sean malinterpretadas, tergiversadas y se vuelvan en nuestra contra, o peor aún, en contra de los procesos o sectores en lucha que defendemos.

Aclarado esto, nuestra posición en Siria, al igual que la que mantuvimos con respecto a Irak y a Libia, pasa por denunciar la intervención militar (que ésta sea abierta o encubierta) realizada por parte de las potencias hegemónicas del imperialismo occidental y sus aliados locales. Esta intervención que busca apuntalar el histórico dominio regional por parte del imperialismo occidental y que no duda para ello en movilizar todos los medios a su alcance, incluido la utilización de agentes fascistas estatales (Turquía, Arabia Saudí, Estado de Israel) y paraestatales (Al Qaeda, Daesh) es la principal responsable del caos regional.

Por lo tanto, esta intervención criminal no es ni legalmente ni sobre todo políticamente equiparable a la ayuda político militar que Rusia o Irán brindan a la República Árabe Siria, al intervenir, ellas, bajo el amparo y el pedido explícito del propio gobierno sirio. Con respecto a Rusia, entendemos que, aunque sea por razones tácticas y geopolíticas, Rusia apuesta por una resolución del conflicto en

términos políticos y en donde prime la soberanía del gobierno sirio y, por lo tanto, no permite establecer equivalencia alguna con la estrategia de destrucción por medios militares y paramilitares de cualquier atisbo de soberanía regional impulsada por parte del imperialismo estadounidense y europeo. Ahora bien, esta aclaración no implica caer en elogios acríticos para con los gobiernos sirio o iraní, ni mucho menos convertirlos en referentes políticos en cuanto a modelo alternativo se refiere, sino que nos limitamos a denunciar los ataques que sufren por parte del imperialismo, reivindicando el derecho del pueblo atacado a resolver soberanamente sus problemas políticos internos sin injerencia de ningún tipo.

Un imperialismo cuyo componente europeo nos interpela directamente a nosotros y nosotras, internacionalistas vascas, al actuar ilegítimamente en nuestro nombre para defender intereses de clase que no son los nuestros.

Por ello, nuestra prioridad es, a nivel externo, impugnar el objetivo imperialista de la gran burguesía europea que consiste en preservar a toda costa su acceso privilegiado a los codiciados mercados y recursos estratégicos, a la vez que, a nivel interno, denunciar con rotundidad la utilización por parte de la Unión Europea de la llamada "amenaza terrorista" para desviar la atención de los insalvables problemas sociales y económicos infligidos a las capas populares del viejo continente, enfrentarlas entre sí e instaurar un marco de excepción, al mejor estilo Estado policial, avanzando abiertamente hacia la consolidación de un sistema de carácter oligárquico autoritario europeo. Por otro lado, la responsabilidad directa de la Unión Europea y de las potencias imperialistas en la existencia de millones de personas refugiadas, para no hablar del vergonzoso trato que se les da

“queremos mostrar nuestro rechazo más rotundo al reciente e inhumano acuerdo entre la Unión Europea y Turquía”

una vez llegadas a nuestras tierras, es otro de los elementos que tenemos que denunciar. En este sentido, queremos mostrar nuestro rechazo más rotundo al reciente e inhumano acuerdo entre la Unión Europea y Turquía mediante el cual se pretende cerrar las fronteras en el Cáucaso y expulsar "en caliente" a territorio turco a toda persona refugiada que haya logrado entrar en territorio europeo.

A modo de conclusión, ante este preocupante panorama, las líneas que tiene que marcar nuestra agenda antiimperialista serían cuatro.

La primera, de carácter urgente, consiste en recrudescer en nuestra denuncia de la ofensiva imperialista ya sea en su faceta ideológica, económica o militar, con un especial énfasis en remarcar el papel de la Unión Europea, del imperialismo español y, sobre todo, francés encuadrados en la OTAN que ni aquí ni allá respetan los derechos fundamentales individuales y colectivos de los pueblos trabajadores. Esto conlleva, a su vez, el luchar sin descanso para frenar el avance de la xenofobia y del fascismo impulsado por las instituciones europeas a nivel interno tanto de cara a sus ciudadan@s como de cara a las personas migrantes y refugiadas.

La segunda, de carácter urgente también, consiste, por un lado, en denunciar la masacre que esta emprendiendo el gobierno turco en contra del pueblo kurdo en general y, específicamente, en contra de las mujeres que, por su condición de género y por su papel clave en la resistencia, reciben un doble castigo ejemplarizante.

A su vez tenemos que recrudescer nuestra solidaridad con la lucha de liberación nacional, popular y feminista que defiende este pueblo, al ser un claro referente en cuanto a proyecto emancipador.

La tercera consiste en mantener firme y constante nuestra solidaridad con la lucha heroica del pueblo palestino y en dejar claro que el Estado de Israel, por su condición de enclave imperialista en la región, con su poderoso aparato militar financiado por Estados Unidos, conforma la principal amenaza, incluso atómica, para los actores institucionales y populares de la región. Para ello, la campaña de Boicot, Desinversiones y Sanciones (BDS) al Estado sionista nos proporciona, sin lugar a dudas, la herramienta más legítima y eficaz.

Finalmente, la cuarta, de carácter estratégico, consiste en profundizar en nuestro trabajo político, junto a los demás pueblos europeos y del planeta, de cara a la superación del sistema capitalista imperialista heteropatriarcal. Es decir, intensificar nuestra entrega militante para con la construcción de un sistema basado en la justicia, la solidaridad, la independencia nacional, de clase y de género, único garante de que la violencia estructural económica y militar desaparezca una vez por todas del cotidiano de los pueblos trabajadores.

